

La niebla

Una fotografía de 1975

Esta muchacha que sonrío,
en el marco enlutado de su fotografía,
con su blusa fresca de encaje
no lo sabe,
ignora que el tiempo se le ha ido,
que saldrá pronto a confundirse
con el vaho polvoriento de los carromatos,
en una feria de aldea,
bajo el sol implacable del mediodía.

Esta muchacha lo olvida
y tiene aún el atrevimiento de creerse inmortal
al pie de los arroyos
donde ha nacido hace ya mucho...
pero un rumor de muerte circula ya en su falda
y no puedo ampararla
y yo que fui su hermano mayor no puedo ya ampararla.

Mirad cómo baila a mi puerta,
en la tarde,
bajo un cielo tranquilo,
al son de una música de organillo
—una música infeliz como sus sueños—.

Un instante, cuando acabe el verano,
y habrá volado hasta los márgenes del mundo,

se habrá ido a desvanecer en el centro de ese lago
donde un hilo de luz enlaza con los muertos.
Será sólo sombra sobre el polvo dormido de las cosas.

Esta muchacha nos mira ya del otro lado del tiempo.

Mueres y estás ya lejos junto al lago

Mueres y estás ya lejos junto
al lago
o al dorso de unas tapias
en que cruzan carros cargados de trigo,
unos días grandes de 1960.

Estás en la lenta galería de los muertos,
en una calle de Córdoba
que el árabe honró con la voz rumorosa del
almuédano.

Después de todo, el tiempo
no ha hecho más que mudar su rumbo
y ahora llegas descalzo,
por un cerro,
al arrabal donde las más ancianas,
en habitaciones blancas,
se agrupan en torno a los braseros
e invocan silenciosas los rostros distintos
del ausente.

Quizás entonces un espejo borroso o una
hoja de álamo
retengan tu juventud dormida

esa hora en que los gallos
se encienden como hogueras en la noche
y se llaman y conversan
en su olvidado lenguaje de otro tiempo.

Alguien agita ya su pañuelo blanco
de viaje

camino al horizonte
de una tierra que no fue nunca tuya.

La pared agrietada en que me apoyo

La pared agrietada en que me apoyo
es blanca
y tiene un fuerte olor a lluvias.

De lo hondo de los maizales
sopla un viento de otro siglo
y aparezco

años atrás
en el asombro de unos ojos
en unas sandalias
que pisan la frescura del mundo.

Sentado en una silla
frente al umbral lejano de mi casa
converso con un vecino
que murió hace ya mucho
—es alto y harapiento
y usa sombrero—.

Por una calle al sol
adormilado
cruzo con un aro
que rueda hasta el fin de la tierra.
No lo alcanzo.

Junto a una lámpara
y bajo la mirada inocente
de alguno que nacerá mañana
intento anotar en mi cuaderno
el canto último del gallo.

No sé quién ronda mi casa
en estas horas.

Debo permanecer despierto.

Padre

Está mi padre en la penumbra.
La tarde le encuentra sentado
en el zaguán,
con su blusa, con su bastón de nácar,
contemplando las nubes
que pasan de un siglo
hasta otro siglo.

Es tan joven ahora
que, hace un rato, ha salido
a los cerros
donde guardo para luego,
su imagen de este mundo.

Sorprendo hoy, en su aroma,
cosas con alma que olvidé: un sombrero,
una llave antigua, unas monedas;
algo que no sé
y se ha quedado
en la palma rugosa de su mano.

Mi padre se aúpa ya hasta otro tiempo,
al escándalo del sol,
al que saluda levemente,
como un vecino más
que se fue
y que nos habla,
en el borde sombrío de una calle.

Sus sandalias grandes
que pisaron la frescura del trigo
descansan aquí al lado,
mi padre es una sombra
que se aleja
hacia el confín del llano
y hacia el temblor del viento.

Si le vuelvo a ver será ya luego,
del otro lado de la noche.

La niebla

Una mujer se inclina sobre un río
y susurra
lentas tonadas de otro tiempo.

Sobre una de esas piedras
alguien ha escrito hace ya mucho
la historia de mi casa.

De que rincón del espejo,
en la callada habitación,
llegan los hombres
que, a la lumbre del brasero,
pueblan la blancura de esta página.

Encuentro, a mi paso,
los dioses de hace un siglo
disueltos en el barro.
Asoman crucifijos, medallas...
y doblando el recodo de una calle
donde el sol de pronto resplandece
la antigua muchacha,
la difunta a la que amé
y que sonrío inmóvil en medio de la brisa.

Cuando cae ya densa la noche,
alguien
hace girar las cerraduras
de una casa
donde yace mi juventud dormida.

Sobre una calle,
a muchas horas de mi vida,
mira con extraño amor
todas las cosas
cubiertas por la niebla.

Aldea del Sur

Bajo el cielo nublado de octubre
los ángeles son casi visibles
de tan cercanos.

Vestida con un gran sombrero
me gritas,
en la calle última de una aldea
del Sur,
como queriendo retenerme ahí,
donde hace cien años,
otras mujeres
pusieron ante mi puerta
briznas blancas de hierba.

En un abrir y cerrar de ojos
huyo
hasta ese patio
donde pervive aún
un piar feliz de gorriones,
donde tú,
con un candil en las manos,
guardas
la luz última de la tierra.

Acaso esté ya muerto.

En esta hora

Y quién de los que fui vuelve
ahora, calle arriba,
con los ojos mismos de entonces.

Quien empuja la pesada puerta
tras la que los míos, sentados como dioses
a la mesa, aguardan mi vuelta.

A cada paso aquí soy otro.
Quizás en el borde demolido de una casa
asome mi abuelo Bernette
con su alta vara de junco,
oteando un horizonte
de carretas y de bueyes
que cruzan en la bruma,
camino no sé de qué otro siglo.

Acaso en esta hora sobre el pilón del agua
aparezca mi rostro tatuado por estrellas.

Quién de los que fui vuelve ya,
con un cuenco de cenizas solamente,
tan leve y misterioso.
Quién deja en el umbral
unas palabras para luego,
con su duro lenguaje de otro mundo.

En esta calle

En esta calle soy sólo un poco de viento,
un ventanal roto, un eco.
Me alejé hace ya tanto.
Hoy vuelvo y a mi paso
la luz agranda los portales.
Encuentro mi porvenir tronchado,
disuelto en el serrín de una carpintería,
abierto como una flor de aire.

Algo que no sé se alza
como una cruz en mi recuerdo
mientras camino a solas
y cae densa la noche sobre el mundo.
En un recodo de este patio ya nadie
me reconocería.
Yo no sé si es un ángel o mi abuelo Bernette
quien asoma a esa puerta,
apoyado en su bastón de cielo.

Todo lo que no fui me rodea como un grito
en esta hora.

Pronto alcanzaré
el postigo con luna donde,
entre adelfas, me asome a ver el mundo,
hace ya tiempo.

Soy sólo un poco de sombra dormida
en lo hondo de esta calle.

Rafael Adolfo Téllez

Cuadernos Hispanoamericanos

421~423

— Julio-Septiembre 1985 —

Homenaje a Juan Rulfo

Con ensayos de

Jorge Enrique Adoum, Isabel de Armas, Arturo Azuela, María Luisa Bastos, Liliana Befumo Boschi, Rosemarie Bollinger, Julio Calviño Iglesias, Roberto Cantu, Manuel Durán, Eduardo Galeano, José Manuel García Rey, José Carlos González Boixo, Hugo Gutiérrez Vega, Amalia Iniesta, Elvira Dolores Maison, Miguel Manrique, Sabas Martín, Blas Matamoro,	Mario Muñoz, Juan Carlos Onetti, José Ortega, Luis Ortega Galindo, Miriana Polic, Juan Octavio Prenz, Juan Quintana, Manuel Quiroga Clérigo, Augusto Roa Bastos, Pilar Rodríguez Alonso, Julio Rodríguez Luis, Jorge Rodríguez Padrón, Gonzalo Rojas, William Rowe, Amancio Sabugo Abril, Francisco Javier Satué y Pablo Sorozábal Serrano
--	--

Un volumen de 536 páginas

Dos mil pesetas

INSTITUTO DE COOPERACIÓN IBEROAMERICANA
AVENIDA DE LOS REYES CATÓLICOS, 4. 28040 MADRID
Redacción: teléfonos (91) 583 83 99 y 583 84 01